

EL CONSUMISMO QUE ENTURBIA EL ALMA

Cristóbal Gutiérrez

Me he puesto a escribir estas letras después de que una de las muchas imágenes que mi alma graba al cabo del día se me repitiera y tomara una fuerza inusitada. Cuando esto sucede suelo darle importancia y reflexionar sobre ello.

La imagen es la siguiente: En el "patio" de la escuela donde están los trozos de troncos cortados, el grupo de niños mayores: Josep, Pau C., Gerard, Gabriel, Pau Esquirol están reunidos en torno a un tronco que utilizan como mesa improvisada. Al lado de este grupo y aparentemente ajeno a todo ello, está Ramón.

En sí misma esta imagen no tiene nada de especial: los niños mayores juegan a algo y un pequeño situado a su lado pero a una altura inferior juega a otra cosa.

Ahora bien, qué es lo que me ha llamado la atención de todo ello, por qué se me ha repetido toda la tarde esta imagen: los mayores no tenían cara de felicidad, sino que su expresión era rígida, su mirada acerada, llena de gestos obsesivos y esquivos, habían perdido toda placidez. Ramón, aún no contaminado, mantenía la expresión de su cara con la flexibilidad y ligereza de aquel que aún disfruta con poca cosa y su alma sigue siendo amplia y clara.

Estos niños mayores jugaban a ver quien tiene más chapas y en todo caso, a intercambiárselas o a hacer chantaje y mostrar el poder sobre los otros. No es la primera vez que me encuentro que ellos, para resolver un conflicto, recurren a este tipo de argucias: "si no haces esto que te digo no de daré esta chapa", o cosas por el estilo. (Esta escena no es de la vida diaria de la escuela, pues los niños no pueden traer chapas ni juegos por el estilo a la escuela, sino que sucede en un día en que celebramos la fiesta del Otoño, es decir, no era día de escuela)

No todos los juegos procuran felicidad a los niños, algunos todo lo contrario. Entonces ¿cómo es que no reflexionamos con la suficiente seriedad sobre ello?

Este juego de chapas ¿en qué cultiva la felicidad del niño?: El juego consiste en algo muy arraigado a esta cultura: acumular, cuánto más mejor. Para ello te ofrecen estas chapas de regalo (¿regalo envenenado?) en unas bolsas de patatas fritas. (confusión del deseo).

El deseo de acumular es, posiblemente, una de las características de nuestra civilización tecnológica, cuánto más cosas tengas mejor, se nos dice, y si esto que tienes es sofisticado y caro, mucho más. Relacionar la felicidad con la acumulación, sólo se le ocurre a un alma estrecha, por eso después de acumular ha de venir necesariamente la ostentación de lo acumulado y lo siguiente es la marginación sutil o clara de quien tiene menos. El ladrón se cultiva con este tipo de semillas y abono, pretender erradicar la delincuencia en un mundo donde el acúmulo y la ostentación son la norma, es como pretender quitar la sombra en un mundo de luz. Alimentar a un lado implica necesariamente nutrir también a su opuesto.

Comentando con Begoña esta escena concordábamos que El Roure tenía que posicionarse ante ello: creemos que estos juegos ensucian el alma de los niños, es decir expropian su felicidad innata, relacionándola con algo ajeno a la fuente de donde nace toda dicha. Es por esto que recomendamos encarecidamente a las familias que no empleen el dinero en ello (hay acciones más interesantes que se pueden hacer con esta economía).

Un niño, un juguete: Igualmente, ahora que llega una de las épocas de consumismo por excelencia, La Navidad y los Reyes, recomendamos que seamos derrochadores en ternura y tiempo grato con la familia o los amigos, también que seamos generosos en enfados breves pero necesarios (pues estos implican atención hacia el niño o niña). Y que acompañemos esta generosidad con austeridad en la compra de juguetes: un niño, un juguete y que éste no sea automático ni sofisticado pues éstos expropian el alma infantil, sino un juguete de aquellos sencillos que ayudan a que la creatividad del niño y niña emerja para sentir una amplitud que no se puede medir con un metro.

Todo esto implica necesariamente que hay que poner coto a los regalos de los familiares, (no es bueno para el alma del niño, encontrarse con una abundancia que ni siquiera puede digerir).

Me acuerdo de una frase que al parecer dijo San Agustín: "Cuando lo mucho desaparece viene la plenitud". Otra del libro del Tao: "Lo mucho no es bueno".

Para todas estas decisiones se necesita, claro está, la valentía que contiene la crianza asumida en toda su plenitud. La mayoría de padres y madres de hoy necesitan la valentía no para buscarse la vida ni para alargar el poco dinero que se gana en procurar lo imprescindible para los hijos, posiblemente nuestros padres y madres han sido de esos; hoy la valentía de los progenitores consiste en arriesgarse a contenerse tanto en los regalos como en los elogios, en las fiestas de